

El pulso de los campesinos (Notas sobre literatura contemporánea del S. E. de Asia)

Francisco Marcos Marín *

El viejo alzó su mano derecha; pero la tela amplia que cubría su brazo ondeó y cayó. Pinto se dio cuenta de que el viejo se levantó y se puso a andar arriba y abajo, cojeando.

ESTAS palabras del indonesio Budi Daarma (n. 1937) pueden ser una imagen involuntaria del estado de la literatura contemporánea de los países del ASEAN, antes de 1979. Asia Suroriental, ASEAN, Tailandia, Malasia, Singapur, Filipinas, Indonesia, una variedad de paisajes, lenguas, culturas, en mundos cerrados entre sí, como si una tela flácida ocultara a un viejo que sólo escribe con la mano de una sola lengua, una cojera que limita un desplazamiento entre hom-

* Catedrático de Lingüística General. Universidad Autónoma. Madrid.

bres tan próximos que iban arrastrando su pierna sólo por su mundo propio, sin posibilidad de caminar por el paisaje vecino. Un microcosmos, además, desconocido o ignorado por el resto de los creadores literarios de su tiempo.

En 1979, una reunión en el Oriental Hotel de Bangkok, Tailandia, introduce el factor comunicación y provoca un cambio de la realidad. Los autores reunidos se reconocen como conciudadanos de un mundo compartido y deciden un intercambio de opiniones, sensaciones y experiencia. Con el patrocinio de fundaciones como Asia y Jim Thompson, el banco de Bangkok o Thai Airways, entre otros, lanzan el premio de literatura S.E.A. Write para obras de ficción, no dramáticas, en prosa y verso. Entre 1979 y 1986 (fechas que enmarcan nuestra revisión) fueron premiados treinta y cinco autores, que habían escrito sus obras no sólo en bahasa malasia o bahasa indonesia, tagalo o thai, sino también en chino, tamil e incluso en inglés. La exposición a la lengua inglesa es muy común en los autores que consideramos, hasta el punto de que alguno puede considerar justamente su obra dentro de la producción literaria en inglés.

Si, para completar la situación lingüística personal, hacemos referencia a la laboral, nos encontraríamos con autores que desempeñan trabajos tan distintos como el de funcionarios en agencias de los gobiernos o los organismos internacionales, empleados de banca, periodistas, docentes o, como en el caso el tailandés Chart Kobjitti, con otros para los que la creación literaria ha sido compatible con una actividad de producción industrial, como la dirección de una marroquinería.

Ante un conjunto tan heterogéneo, al menos aparentemente, la primera pregunta que cabe hacerse es si pueden encontrarse unos hilos conductores que vinculen a estos creadores entre sí y con una temática compartida, para interesarnos luego por qué pueden aportar y qué reciben del universo literario actual.

Para realizar esta presentación con una cierta coherencia, vamos a fijarnos en algunos puntos, como pueden ser la realidad ante la irrealidad y el absurdo, la vejez junto a la niñez, el aprendizaje del mundo nuevo y la escritura didáctica, que lleva a la función social de la escritura, la privación de los bienes de la tierra que abre las posibilidades de lucha o abandono, frente al pasado las actitudes de conciencia o ruptura y, también, el amor y otros sentimientos.

Esta selección, somos conscientes, es muy imperfecta, pues trata de abarcar demasiadas cosas, que sólo podrán esbozarse, y deja de lado otras

esenciales, como el tratamiento del paisaje rural y el urbano, si bien tendremos ocasión de referirnos al paisaje urbano unido al humano de la marginación, o, sobre todo, el problema de la situación de la mujer en sociedades que ofrecen un abanico amplísimo de posibilidades. Los escritores que estamos considerando son hombres, por lo que nos parece preferible hacer referencia a la condición femenina cuando nos ocupemos, en otra ocasión, del papel de la mujer y no aquí.

Panorama regional

PARA el lector hispanohablante y occidental en general, cuyos conocimientos de esta parte del mundo son poco menos que inexistentes, conviene esbozar un panorama previo de la región y sus características.

El cuadro de extensión y población de los cinco países que formaban ASEAN en el período que tratamos es el siguiente:

País	Extensión en km ²	Población
Filipinas	299.400	56.900.000 (est.)
Indonesia	1.904.569	163.416.312
Malasia	330.434	15.676.813
Singapur	621,7	2.612.800
Tailandia	513.115	53.605.000 (est.)

Para comprender mejor el cuadro tendríamos que pensar que Tailandia tiene una extensión similar a Francia y que Indonesia es el decimo-cuarto país del mundo en extensión. Filipinas, Singapur y Tailandia son importadores de petróleo, Indonesia y Malasia son grandes productores. La producción de energía eléctrica de Tailandia (24.179 millones de kv/h) es la segunda, después de Indonesia (27.797 m. Kv/h), seguida de Filipinas (21.018 m. Kv/h). Indonesia y, sobre todo, Filipinas, tuvieron fuertes movimientos inflacionarios entre 1980 y 1987, mientras que Singapur

controló la situación muy aceptablemente. Indonesia y Malasia son los únicos dos países que, en este período, exportaron más que importaron, en términos absolutos.

En cuanto a las circunstancias ambientales, el clima, como corresponde a la zona subtropical, es cálido, húmedo, con una estación de las lluvias bien definida. Al norte de Tailandia las estribaciones montañosas que descienden desde el Himalaya hasta la costa alcanzan alturas que permiten noches relativamente frías, sobre todo entre noviembre y febrero. El predominio de clima y vegetación tropicales no impide la existencia de zonas, como el NE de Tailandia, Isán, que igual pueden padecer largas sequías que terribles inundaciones. En general, es zona monzónica y en los miles de islas de los archipiélagos filipino, indonesio y malayo (sólo Indonesia tiene seis mil islas e islotes deshabitados) son bien conocidos los efectos devastadores del tifón, el «gran viento», como se puede traducir su étimo chino.

Desde el punto de vista de las concentraciones humanas nos encontramos con ciudades estado, como Singapur, con cerca de tres millones de habitantes en 622 km²; megalópolis como Bangkok, con unos ocho millones en el área urbana y suburbana, con todos los problemas de tráfico de cualquier gran ciudad; Yakarta o Kuala Lumpur, con su constante fuerza de atracción sobre una masa campesina que deja un bajísimo nivel de vida rural para pasar a un nivel de vida urbano todavía peor.

Lingüísticamente el mosaico es riquísimo, pues, junto a las lenguas oficiales (que sólo en Singapur son cuatro), existen otras muchas de países vecinos, como lao, vietnamita, birmano, las de etnias minoritarias (karen, yao, miao), criollos hispánicos como el cebuano de Filipinas, escrituras latinas, árabes o de tipo sánscrito y derivados, chino. El nivel de educación es también totalmente desigual, desde la alfabetización generalizada para hombres y mujeres en Tailandia, a los chinos de Singapur entre los que se da el caso de quien habla en chino pero escribe en inglés, o los analfabetos que constituyen un buen porcentaje en las islas.

Entre tal cúmulo de diferencias habrán de ser los temas básicos los que permitan un acercamiento entre las distintas perspectivas, que miran en el fondo a un único horizonte de progreso, el cual nada tiene que ver con el pseudo-progreso de los eslóganes políticos de partidos presuntamente de izquierdas.

La religión tampoco es un factor unificador, pues tenemos Tailandia como país casi monolíticamente budista, hinayana, del grupo theravad-

ha, con un enorme papel de la religión, los templos, los sacerdotes; Filipinas con una distribución geográfica entre católicos, con presencia relativamente fuerte de protestantes y cultos locales y musulmanes, generadora de conflictos a veces graves; Indonesia, donde la distribución es, entre budismo e Islam, predominio de éste en Malasia y sincretismo vagamente animista en Singapur, donde todo lo humano puede tener asiento.

Consideraciones literarias

AUNQUE no faltan ejemplos de una literatura superrealista, con elementos del absurdo que pueden superponerse a lo kafkiano, como sucede en «Adinán el crítico», de Budi Darma, al que pertenece el párrafo citado al principio, los textos son básicamente realistas, con poesía de componentes sociales, aunque no exclusivamente, y por una preocupación cierta por la presentación de los sentimientos, sin caer en la sentimentalidad. El conjunto transmite más una impresión de fuerza que de blandura sentimental. Los personajes nos mueven por su situación, no porque expresen patéticamente sus desgracias. Es, en consecuencia, una literatura que recoge mucho de la tradición del *contar*, del narrador, a la vez que reclama un nivel de participación, que puede llegar a extremos que suponen la existencia de una cierta elite capaz de interpretar. En general, sin embargo, creemos que el factor de la literatura abierta al público es el predominante, la experimentación estética o artística queda en segundo plano, incluso la obra poética. A veces este aspecto no se aprecia correctamente desde la perspectiva occidental, con una potente tradición de realismo. Así, la poesía de Wong Yun Wah (Singapur, n. 1941), quien escribe en chino y, a veces, en inglés, sólo se comprende bien si se compara con el tratamiento que hace la literatura china tradicional de los temas intemporales, no si se compara con la occidental. Su proximidad a la sensibilidad occidental supone una ruptura, mucho más fácil de captar para un chino que para nosotros. Sin embargo, está ahí. Sus «notas sobre la pintura paisajística china», aparentemente en la tradición de la poesía de la pintura, nos permiten comprobar este aserto. El hombre antiguo

Viene de una generación sin raíces.
Sentado bajo el árbol del vacío

mira símbolos invisibles
y escucha una música insonora.

En cambio:

La gente de mi generación
vive con ansiedad contra la corriente rápida.
Nuestras flautas se esconden en el fondo de los corazones.
Nuestras raíces se entierran en el barro.
Mira, una barca de pesca está atracando
y fuera del agua las rocas se yerguen.

Realismo, absurdo y crueldad

UN componente de la sensibilidad oriental que llama poderosamente la atención de cualquier occidental que penetra en estas culturas es la crueldad y, lo que es más ajeno, la crueldad humorística, más allá del también peculiar «humor negro» de la cultura española. Relatos como «El cuchillo personal» del tailandés Chart Kobjitti (n. 1954), en el que se nos presenta a una feliz familia de una supuesta clase dominante mostrando su poder en una cena antropofágica que permite a su hijo estrenar el privilegio de poseer un cuchillo personal, son totalmente marginales a nuestra sensibilidad. La escena en la que el muchacho demuestra cómo se despierta su afición a la carne humana, comiendo con delectación el dedo gordo de un pie, y se nos explica cómo expulsa el hueso, tras chupar su delicioso jugo, o cómo arroja luego la uña, antes de tragar el succulento bocado, provocan nuestra repugnancia, no nuestra risa y, sin embargo, esa segunda reacción no es rara en el lector oriental: es el absurdo de la situación lo que produce el efecto jocoso, independientemente de la repulsividad del motivo, que no es tal porque se toma directamente como absurda.

El resultado es engañoso: la metáfora de la clase dominante que devora, literalmente, a la clase baja, no produce en el público habitual un efecto tan fuerte como el que causa en el occidental, por lo que debemos tener ciertas diferencias muy presentes cuando analizamos este tipo de situaciones. Pero tampoco debemos menospreciar por ello la presenta-

ción de la realidad como absurdo. Es una defensa de quienes saben que cuando lo irreal se convierta en real será absurdo. No nos olvidemos que detrás de esas islas, playas, ríos, gentes que sonríen, hay tremendos períodos de intolerancia, crueles dictaduras, medidas de planificación de todo tipo que serían impensables en una sociedad de base judeo-cristiana o, en el otro extremo, una forma tan salvaje de capitalismo que sólo deja sobrevivir a quien, efectivamente, es capaz de comer la carne de sus semejantes. No estamos aquí ante la selva idealizada y levemente femenina de los escritores hispanoamericanos contemporáneos. Este es el mundo de los antihéroes, donde los triunfadores son execrables, pero poderosos sin límite y los pobres del mundo se autoexplican por incapacidad de recurrir a los instrumentos que crean el poder. La sensación transmitida es que la lucha por la vida es todavía más implacable en esta parte de Asia y el precio de la derrota mucho más alto.

El aprendizaje de un mundo nuevo

ESTA generación de escritores (entendiendo generación en un sentido cronológico más amplio que el usual) pasa de su mundo actual a su infancia. Sus padres tienen un lugar mínimo en la reconstrucción del pasado. El mundo de ayer es el del niño y el del abuelo o la abuela. Incluso cuando los protagonistas son viejos, su retorno a la infancia, su rememoración, no supone una explicación de la figura del padre, las raíces están más atrás. En el movimiento generacional, el padre aparece en una dimensión hacia el hijo: cuando el padre es el protagonista sus movimientos están determinados en ese sentido, es un movimiento hacia el futuro, ésa es la preocupación básica. Cuando el movimiento es hacia el pasado, en cambio, el nieto o la nieta se vuelven hacia el abuelo o la abuela. El caso paradigmático es *Un niño del Nordeste* del tailandés Kampoorn Boonthawee, donde los padres del protagonista no tienen ni siquiera nombre, son «el padre de Koon», «la madre de Koon».

El retorno a la niñez tiene más componente social que sentimental. Está por ver qué repercusiones tendrá en estos países el llamado «nuevo orden internacional», pero es claro que, en estos años, la literatura ha tenido un fuerte papel doble: educativo y reivindicativo. La niñez se rela-

ciona así con el aprendizaje de un nuevo mundo. No se descartan los elementos sobrenaturales, como la voz de la abuela que sale de la garganta de Somchao cuando aquélla acaba de fallecer; pero sólo para que la canción no se interrumpa. Se trata de una concesión momentánea, una especie de acto ritual de respeto, porque de ninguna manera Somchao heredará las cualidades de cantante de Granny, en «La canción de las hojas» del tailandés Vanich Charoongkij-anant (n. 1948), su vida habrá de discurrir por derroteros distintos, que ya no hace falta explicarnos. El pasado, como la tierra junto a la vieja casa del bisabuelo, va siendo arrebatado poco a poco por la acción erosionadora continua del gran río. En cualquier momento la corriente se llevará los pilotes, y la casa, con todo lo que representa, se vendrá abajo.

La conciencia de la presión educativa para prepararse a recibir el mundo nuevo es, por supuesto, muy distinta en los diferentes países. Para autores malayos como A. Samad Said (n. 1935) la literatura cumple una función de estímulo y denuncia. Es posible que también la edad desempeñe su papel en la presentación de ese mundo de teorías aceptadas pero nunca ejecutadas. El mundo de la pobreza antihigiénica que se refleja en «La cloaca», junto a la apatía y la ambición mezquina y egoísta de sus conciudadanos le llevan a reflejar una idiosincrasia que transmite, sin duda, un mensaje de enfrentamiento entre el autor y su realidad circundante.

Algo habrá que decir de la mujer en esta literatura de hombres: ya hemos visto a la abuela, como testigo de un pasado que con ella desaparece. La esposa no tiene, en general, una personalidad independiente, aunque, de acuerdo con la más pura tradición oriental, si tiene algún papel propio será el de crítica, regañona o, en el otro extremo, el de apoyo interesado y exagerado de las más negras ambiciones del marido. La esperanza está en las niñas y en las jóvenes, una generación de escolares, de universitarias incluso, que buscan metas más allá del color rosa de las cartas de amor: así, Nua Nim en «Phi Hae y las cartas de amor» del tailandés Ussiri Dhammachote (n. 1947), interesante en un autor preocupado otras veces por el reflejo de los cambios políticos en la vida cotidiana de los humildes.

La mujer es así la representante de un doble papel: el de depositaria de la tradición y el de innovadora, abierta a su nuevo lugar en la sociedad. Este planteamiento, no exento de contradicciones, debe matizarse en cada sociedad, pues no es lo mismo el amplio camino posible en el mun-

do cristiano o budista que el enfrentamiento con el integrismo musulmán. Los próximos años son vitales en este sentido.

Antihéroes

LA mujer puede ser también la prostituta, la que se entrega a cambio de un dinero que lleva consigo la enfermedad, la que tiene el contacto más íntimo con el extraño, japonés o norteamericano, que bombardea y mata. Ocupa así también un puesto propio en la cena de los desheredados.

En una escritura con función social y didáctica, los desposeídos de este mundo ocupan con frecuencia el lugar del protagonista. Se llega así, como apuntábamos antes, a un mundo de antihéroes. Es un mundo no picaresco, aclaremos, sino en el que la presión de la vida no permite más que aplastarse para sobrevivir. Los mendigos de la poesía del tailandés Kontuan Khantanu (Prasatporn Poosusilpadhorn, n. 1950) o la prostituta del malayo Baha Zain (n. 1939) pueden a veces reclamar justicia; pero carecen del toque romántico de la desesperación, no son personajes que arrebatan algo a los poseedores de las riquezas:

Diez dedos humilde uno
la cabeza humilde inclino,
abajo, en el suelo,
a los pies que pasan me inclino.

La reacción contra la pobreza es de denuncia y tendríamos que pasar a otro contexto para encontrar auténtica poesía de exigencia y revolución.

Mundo de sentimientos

ESTE mundo ínfimo, en contraste, permite el desarrollo de sentimientos arraigadamente humanos: el amor, la amistad, que el contexto se encarga de presentarnos en su limitación real. Gui Ying es afortunada porque su joroba le ha impedido levantar la cabeza y ver la maldad de los que habitan en los pisos altos, mientras que

Pichaimuthu es consciente de ella, de la miseria, la muerte y el fracaso. Así construye Ma Ilangkannan (M. Balakrishnan, Singapur, n. 1938) un mundo de relaciones sociales en lengua tamil, un mundo de apátridas y desheredados, dividido en dos niveles físicos, el de las aceras y calzadas y el de los apartamentos de altas ventanas. Pichaimuthu, en su coche de inválido, mutilado olvidado de una guerra ajena que aceptó como contribución al rescate de su patria, la India, asiste con repugnancia y, sobre todo, con impotencia, al triunfo final de la maldad. Sólo quien no puede mirar el mundo por su impedimento físico, que le impide saber que existen esos dos planos, se libra de ver su crueldad y su fealdad.

Entre la pasividad y la rebeldía, el realismo de la escritura impone su brutal retrato de una situación desfavorable. No entendamos, sin embargo, que el mundo es siempre feo, cruel, despiadado. No, los sentimientos emergen y florecen; pero esas flores se marchitan, desaparecen y son otras nuevas las que abren sus pétalos. El mundo es renovación y hay una tradición de liberación de las cadenas de la vida que está presente en estas obras, incluso en las ajenas a un contexto budista.

Estamos seguros de que el mejor conocimiento de esta trama cultural será un factor de entendimiento y comprensión nada desdeñable. El acercamiento a esta literatura supone, para nosotros, occidentales, una visión diferente de una realidad que, a veces, no siempre, coincide con la nuestra. Mucho de lo que aparece no es trasplantable o lo es a duras penas. Mucho, también puede dirigirse directamente a nuestra sensibilidad y enriquecerla. No es un mundo nostálgico ni, a pesar de su fuerte componente de denuncia social, negativo. Es un mundo fuerte, en el que las ciudades todavía laten con el pulso de los campesinos, con fuerzas a veces oscuras que pueden atraer y arrastrar hacia terrenos peligrosos. Es, también, un mundo que recoge una poética y una retórica que, a veces, no son las nuestras y, a veces, en cambio, se conjugan con las nuestras y hasta se integran en la producción literaria en lenguas indoeuropeas.